

Ismaíl Kadaré

La provocación  
y otros relatos

Traducido del albanés por María Rocés González  
y Ramón Sánchez Lizarralde

Alianza Editorial

Título original: *Bisedë për brilantet në pasditen e dhjetorit*  
(*Provokacioni - Leximi i Hamletit - Bisedë për brilantet në pasditen e dhjetorit - Raporti i fshehtë -*  
*Dosja e Orfeut - Martesa e gjarprit - Dimri i fundi i vrasësit - Për të harruar një grua -*  
*Vdekja e gruas ruse - Diptik për murin e madh kinez - Në dheun e panjohur*)

*Reservados todos los derechos.*

*El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier  
medio, sin la preceptiva autorización.*

*Copyright © 2012, Ismail Kadare, pour la langue albanaise*

*Copyright © 2012, Librairie Arthème Fayard*

*All rights reserved*

*© de la traducción: María Esperanza Roces González y Ramón Sánchez Lizarralde, 2014*

*© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014*

*Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 91 393 88 88*

*www.alianzaeditorial.es*

*ISBN: 978-84-206-9167-1*

*Depósito legal: M. 19.132-2014*

*Printed in Spain*

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## *Índice*

- 13 La provocación
- 55 La lectura de Hamlet
- 69 Conversación sobre brillantes en una tarde de diciembre
- 99 El informe secreto
- 127 El expediente de Orfeo
- 135 Las nupcias de la serpiente
- 155 El último invierno del asesino
- 177 Para olvidar a una mujer
- 183 La muerte de una mujer rusa
- 187 Díptico sobre la gran muralla china
- 193 En tierra desconocida



## *Nota de la traductora*

Siete de los once relatos y novelas cortas de este volumen, cuya selección realizó el propio autor para la edición albanesa de 2013, son inéditos en español, incluyendo «Díptico sobre la gran muralla china», que la edición albanesa de 1990 de *El concierto* y la correspondiente española de 1992 no recogían.

Tres de estas narraciones aparecen intercaladas, a modo de novelas ejemplares, en la versión primigenia, de 1981, de *El concierto de fin de temporada*, título original de su conocida obra *El concierto*, calificada por los censores de «sátira antisocialista del comunismo albanés y mundial» y, pese a las adaptaciones introducidas, privada de autorización para ser publicada hasta 1988, tres años después de la muerte de Enver Hoxha y en vísperas del desmoronamiento de su régimen. Otros dos relatos, también intercalados e independientes de la acción principal de las novelas de las que proceden, conforman el contracapítulo primero de *Frías flores de marzo*, de 2000, y el leitmotiv mítico de *Réquiem por Linda B.*, de 2009.

*La provocación* elegida por Kadaré para la presente edición es también la versión original, la que escribiera entre el 7 y el 17 de octubre de 1962. Objeto asimismo de sucesivas variantes a lo largo de una década, *La provocación* consiguió burlar la censura y obtener el «permiso de publicación» en la revista *Nëntori*, en 1972, con el añadido de un tercer capítulo que, si bien recoge el volumen 2 de la edición albanesa de sus *Obras*, no forma parte de la versión inicial ni, por tanto, de la presente edición.

En el mosaico, pues lo ha compuesto el propio autor, se antoja imposible que no resalten sus «lecturas» de Shakespeare. Por eso en el segundo de los relatos vuelve a asombrarnos el niño de Gjirokastër de *Crónica de piedra*, trasunto del niño Kadaré, mientras realiza su peculiar lectura de Hamlet, versión que ensamblará, años más tarde, en *El concierto de fin de temporada*, con su igualmente original lectura de *Macbeth*.

El mosaico quedaría incompleto sin la presencia de los émulos del funcionariado imperial de *El palacio de los sueños* o *El nicho de la vergüenza* (émulos, a su vez, del funcionariado del otrora partido comunista albanés y de su Estado), y esta será, precisamente, la inalcanzable encomienda que le confie la mala suerte al protagonista de *El informe secreto*.

En la selección del autor coinciden la primera de sus obras en prosa: *En tierra desconocida*, de 1953, que el propio Kadaré califica de «primer mojón kilométrico a partir del cual comenzaría la verdadera creación», con la última: *Conversación sobre brillantes en una tarde de diciembre*, que data del verano de 2008 y titula la edición albanesa de 2013.

Y entre el primero de los mojones y el más reciente de los hitos, la invitación al estudio del escritor para que este nos adentre en once portentosos relatos y novelas cortas, fiel muestra de su vasto, singular, atrayente y prodigioso universo literario.

M. R. G.



## *La provocación*

*Vivos o muertos,  
siempre nos hallaréis en primera línea.*

### 1. EL SARGENTO FRED KOSTURI

La provocación aún no había estallado, pero se mascaba en el aire desde por la mañana. Siempre barruntábamos la proximidad de la provocación y nuestro presentimiento jamás nos falló. El comandante del puesto, en previsión, había ordenado emplazar fuera una de las ametralladoras ligeras. Llegada la hora del almuerzo, la provocación aún no se había producido. Pero, sin embargo, nosotros estábamos seguros de que algo iba a suceder.

Por la tarde, subí hasta el puesto de observación y le pedí los gemelos al centinela. La nieve me cegaba. Era un hermoso día y se podía avistar hasta muy lejos en la hondura del Estado extranjero. El puesto de ellos estaba cercano a la línea fronte-

riza, a unos cincuenta pasos. Se oían perfectamente su magnetófono y los gritos de los soldados. Celebraban la Navidad y, al parecer, bebían.

Del edificio de enfrente salía de vez en cuando algún soldado abrazado a una muchacha y desaparecían entre los arbustos. Era la tercera vez en los dos últimos años que habían traído consigo mujeres por Navidad. Nosotros sabíamos del peligro que ello entrañaba y que siempre ocultaba algo. Pero llegó la tarde y no había ocurrido nada. El camión que había traído a las chicas permanecía aparcado en una explanada de la pendiente con las ruedas cubiertas de cadenas. Los soldados se introducían entre los arbustos con las mujeres, jugaban con ellas en la nieve y algunos se aproximaban a la zona neutral para besarlas ante las propias narices de nuestros guardias. Esas muchachas no eran siempre prostitutas. La última vez, por ejemplo, eran estudiantes, miembros de diferentes asociaciones patrióticas vinculadas al Ejército nacional, que enviaban a sus afiliadas a pasar el Año Nuevo y otras festividades con los soldados.

Descendí de la atalaya y me dirigí al puesto. Comenzó a soplar la fría brisa del atardecer. Me metí en el barracón, me senté junto a la estufa que crepitaba y, por décima vez, extraje del bolsillo la carta que me había enviado en el último correo uno de mis amigos. Observé con disgusto los sellos torcidos sobre el pequeño sobre y comencé de nuevo a leerla con la mente puesta en otra parte. De modo que ella se ha prometido, pensé. De modo que cuando ella sale de la taquilla de la estación de tren, él la espera en el rincón de la izquierda, en el lugar donde los niños han roto la farola y donde antes la espe-

raba yo, y después se encaminan despacio hacia la trasera de las viejas locomotoras donde se prolongan algunos raíles muertos e inservibles.

Estaba deshecho. Me venían a la memoria nuestros mejores días, después la pelea, mi estúpido orgullo, la ausencia de cartas tantos y tantos meses. Nunca habría imaginado que el asunto terminaría así: que ella se prometería de improviso y que mi íntimo amigo me enviaría después esta carta con los sellos torcidos.

Cabezota, me dije. Cuánto no habrás perdido por cabezonería.

Todavía era de día cuando se oyeron disparos de revólver. Nos abalanzamos sobre las armas y, antes de salir del puesto, resonaron nuevos disparos y el estallido de una bomba. Después, la ametralladora pesada de ellos comenzó a disparar, y a continuación la nuestra, igual que el pasado invierno. Más tarde, todo se desarrolló como de costumbre, si bien en esta ocasión la provocación fue una de las más graves de los últimos tiempos. El intercambio de fuego continuó largo rato. Yo me encontraba en la zanja que está delante del edificio cuando alguien gritó:

—¡Eh, toma el mando! Han matado al comandante.

¡No es posible —pensé—, no es posible! Quizás esté herido. Al fin y al cabo, no es más que una provocación rutinaria. Quizás esté herido, me dije.

Pero no era esta una provocación al uso y al comandante lo habían matado de verdad.

Yo solo era sargento, pero hube de tomar el mando porque su segundo estaba de permiso. Los disparos cesaron cuando

cayó la noche. Emplazamos fuera, delante del puesto, la ametralladora pesada y doblamos la guardia.

Era una noche oscura y tenebrosa, y al otro lado, de repente, reinó el silencio. No se oía ruido alguno, ni música, ni gritos de muchachas ni de soldados. Solo escuchamos el ahogado zumbido del motor del camión que, al parecer, se llevaba a las chicas. El motor lanzó un jadeo, después su sonido se perdió en la profundidad de la noche y sobre la frontera cayó de nuevo una honda y sombría quietud, como si no hubiera ocurrido nada.

Yo permanecía en la zanja que servía de trinchera junto a la ametralladora pesada y, al contemplar las tinieblas silenciosas que cubrían el entorno, no me podía creer que algunos momentos antes rugieran las ametralladoras y se oyeran los aterrizados gritos de las muchachas. El viento aproximó otra vez, desde la lejanía, el ahogado zumbido del camión y en alguna parte más abajo centellearon débilmente sus faros. Después se impusieron de nuevo la quietud y las tinieblas, y yo seguía sin poderme creer que estaba ahora al mando del puesto y que el cuerpo del comandante yacía en el interior, acribillado a balazos, a la pálida luz de una lámpara de petróleo. Era la primera muerte que se producía en el puesto desde el pasado otoño, y su pesada y estremecedora sombra acechaba el entorno.

Comenzó a nevar. Seguía en la zanja, envuelto en mi capote, y hundido en la apatía, con los ojos clavados en la dirección donde se suponía que se hallaba el puesto enemigo. Pero la oscuridad era completa y no se distinguía nada. Tenía la mente en blanco, solo miraba hacia adelante y me sentía completamente tranquilo. Parecía como si la oscuridad y el sosiego descendie-

ran sobre mi espíritu como los copos de nieve. Tal vez se debiera a que el mal ya estaba hecho y a que la muerte ya se encontraba allí, en lo alto, en nuestro barracón, a la pálida luz de una lámpara, junto al enlace que no dejaba de repetir «aló, aló» al auricular del teléfono negro, y a que, después de aquello, no podía ocurrir nada peor.

La nieve continuaba cayendo densa y sigilosamente, cuando, de pronto, en el puesto de enfrente brilló una débil luz.

Debe de ocurrirles algo —pensé—, puesto que no se cuidan de cubrir la luz de la lámpara. La nieve caía ahora a grandes copos y la luz del otro lado titiló toda la noche entre las tinieblas. Cerca del amanecer, cuando di las órdenes, seguía nevando, y me fui a descabezar un sueño sin desvestirme.

\* \* \*

Me desperté al poco rato y, apenas divisé tras los cristales los grandes copos de nieve cayendo suavemente, recordé con toda precisión lo sucedido. La mañana era tenebrosa y el cielo estaba tan bajo que parecía como si fuera a desplomarse de un momento a otro. Los soldados de la guardia nocturna dormían en sus catres, el fuego crepitaba en la estufa y yo percibía el familiar aroma del pan caliente. Los demás soldados ya se habían levantado y deambulaban en silencio de los dormitorios al pasillo y afuera. En el pasillo aún no habían apagado la lámpara de petróleo, estaba demasiado oscuro y el cuerpo del comandante todavía se encontraba allí, en medio, envuelto en su capote militar. A su lado, sentado en una silla, dormitaba el médico, quien había llegado dos días antes a vacunarnos.

«Aló, aló», repetía sin interrupción y en voz baja el soldado de enlace al fondo del pasillo. Di las órdenes correspondientes y me senté en un taburete junto al muerto. Vi cómo dos soldados introducían en el puesto la ametralladora pesada, sacudiéndole la nieve de las ruedas, y me puse a fumar. Mis pensamientos resultaban confusos y parecían entumecidos. En tres ocasiones nos habían anunciado por teléfono que habían enviado un vehículo a recoger el cadáver del comandante y al médico, pero probablemente aquel transporte no podría llegar hasta la noche porque el camino era tortuoso y nos encontrábamos a una altura de dos mil quinientos metros.

El día transcurrió tranquilo y tedioso. La nieve no cesó de caer en ningún momento y su espesor casi alcanzó la talla de un hombre. Los soldados seguían retirando la nieve, trazando un hondo sendero que iba desde la posición del destacamento hasta los puestos de observación y de guardia.

Al otro lado no se percibía señal alguna de actividad. Solo el centinela permanecía inmóvil en su puesto, bebiendo continuamente algo.

Por la tarde estalló la tormenta. Todo se ennegreció y, de no ser por el reloj, no habríamos sabido cuándo caía la noche realmente. Nos informaron por teléfono de que el vehículo había tenido que dar la vuelta porque la carretera estaba intransitable por la nieve. Yo ya me lo esperaba. Estábamos en el puesto más remoto y eso era lo normal en invierno. Lo peor fue que de noche quedó interrumpida la conexión telefónica. Seguramente la tormenta había cortado la línea en algún lugar. Sentí una gran inquietud. Con un tiempo así era prácticamente imposible reparar la avería. El teléfono se nos estropea-

ba rara vez, y en esta ocasión lo teníamos difícil porque la comunicación por radio, con semejante tiempo, era casi imposible.

Durante toda la noche, el soldado de enlace no dejó de murmurarle «aló, aló» al auricular, mientras el cuerpo del comandante yacía en el pasillo, alumbrado por la luz mortecina de la lámpara de petróleo. En el puesto de enfrente reinaba la calma y de nuevo, durante toda la noche, brilló una débil luz. Al amanecer, muy temprano, ellos sepultaron algo en la nieve. La línea telefónica seguía sin funcionar y, seguramente, el transporte tampoco llegaría al día siguiente. Y en el lado de allá nada se movía.

Decidí enterrar al comandante. En la parte delantera del edificio del puesto cavamos una fosa e introdujimos su cuerpo en la tierra helada. Después disparamos una salva y le dimos sepultura, colocando su casco sobre el negro montón de tierra. Al día siguiente, la nieve había cubierto la tumba y la mañana era tan esplendorosa y límpida que parecía imposible que bajo aquel manto se pudiera esconder lodo negro y, mucho menos, un cadáver.

\* \* \*

Fue aquella la más extraña noche de Año Nuevo que había pasado jamás. Ni tarjetas postales, ni cartas, ni telegramas. En medio del pasillo habían colocado una triste rama de abeto adornada simplemente con algodón blanco. Millones de copos nos mantenían aislados y sentíamos aversión hacia toda aquella nieve blanca, helada e implacable. Y, sin embargo, por

respeto a la tradición, habíamos de representarla sobre la rama del abeto de Año Nuevo.

Los soldados iban haciendo acto de presencia sucesivamente, de acuerdo a su turno de guardia, y tomábamos un poco de rakí en la mesa de madera del pasillo a la luz de la lámpara de petróleo. Cada dos horas se producía el cambio de guardia y el relevo de las patrullas, y solo el médico, el cocinero y yo permanecíamos de continuo en la mesa. Una y otra vez me parecía que el teléfono se desperezaba repentinamente de su letargo con un timbrado ensordecedor, rompiendo nuestro silencio. Pero el aparato callaba sombrío en su rincón y nosotros contemplábamos nuestras sombras desplazándose sobre las paredes y el techo.

De vez en cuando, mi mente la evocaba. Ella, sin duda, estará en este momento celebrando el Año Nuevo con ese otro, y allí, qué duda cabe, habrá mucha más luz y regocijo y, quizás, ella se sienta feliz.

El médico y el cocinero parecían ensimismados.

El médico encendía un cigarrillo tras otro y tal vez estuviera pensando de qué tonta manera había venido a parar a este lugar perdido, mientras en alguna otra parte le estarían esperando llenos de preocupación su mujer y sus hijos.

Yo trataba de imaginarme cómo sería aquel otro y de qué modo se sentarían juntos a la mesa, sonrientes ambos, lo mismo que me había sentado yo el año anterior. Ahora, allí todo transcurriría como siempre y poco después darían las doce y, tal vez, según la vieja costumbre, la central de la ciudad cortara la corriente durante un segundo; mientras que donde nos encontrábamos nosotros no se apagaría ninguna luz. Nosotros permanecíamos al margen del sistema eléctrico del país ente-

ro, con nuestra pálida lámpara de petróleo, como ese guardia nocturno que permanece en la puerta principal con un farol en la mano. Sí, exactamente. Nosotros permanecíamos en la puerta, al frío. Yo estaba aquí, en un silencioso pasillo, a cincuenta pasos del enemigo, mientras ella se divertía allá a lo lejos al abrigo, con calor y con luz. Por un instante me asaltó una furia ciega hacia ella y hacia el resto del grupo con el que festejaba. Me pareció, por un instante, que estaba velando su puerta, tras la cual había luz, jolgorio y tintineo de copas. Pero solo fue un instante. Al fin y al cabo, yo era consciente de que desde aquí no solo velaba por ella y por su grupo, sino por los más de dos millones de compatriotas que estaban hoy de fiesta y que, a fin de cuentas, era mi deber velar por ella, por su grupo e incluso por aquel otro, el desconocido, además. ¿Cómo diablos sería? ¿Lo querría de verdad o en toda esta historia de apresurado compromiso habría desempeñado un papel primordial su amor propio herido y un cierto deseo de hacerme sufrir? Era muy orgullosa y, tras nuestra última pelea, en cuanto se enteró de que yo mantenía correspondencia con Diana Vorpsi, una compañera mía del instituto, me envió una breve misiva en la que me decía que, en adelante, lo más probable es que no volviera a escribirme, dado que probablemente yo no viera necesarias sus cartas, puesto que me escribía con Diana Vorpsi, y que, además, lo más probable era que me resultara difícil mantener una «tan dilatada correspondencia», puesto que podía ir en detrimento de «la sagrada defensa de la República Popular». Carta más febril nunca la había recibido de su parte, y yo, naturalmente, me comporté como un estúpido y, en lugar de aclarárselo, como se hace con un niño enfurruña-

do, me enfadé aún más que ella y consideré humillante darle explicaciones. Entonces, ella dejó de escribirme y yo a ella. Conocía su carácter y sabía que, después de lo que había pasado, ella deseaba que yo sufriera y me arrepintiera, pero no podía imaginar que aquel deseo la llevara a comprometerse.

Miré hacia la rama de abeto y me dije a mí mismo en dos o tres ocasiones: has conseguido que sufra por ti, incluso que me arrepienta, pero ¿de qué vale? La sola idea de que podían haberme matado en el transcurso de la última provocación y de que la noticia de mi muerte habría podido llegarle también a ella en un sobre con los sellos torcidos me produjo una penosa punzada en las sienes. En tal caso, si ella hubiera pensado realmente en hacerme sufrir, ¿se arrepentiría?; pero, incluso arrepintiéndose, todo sería ya irreparable por los siglos de los siglos. Por los siglos de los siglos, me repetí, y al momento pensé que no tenía derecho a concebir algo semejante, puesto que no había resultado muerto cuatro días atrás. Era aquel un derecho exclusivo de los muertos. Me avergoncé de mí mismo (pasó como un rayo por mi mente el cuerpo sin vida del comandante envuelto en el impermeable helado) y, un momento después, de todo aquel irritante estado de ánimo no quedó más que un sentimiento de pesadumbre por el hecho de que era otro quien se abrazaba hoy con mi pareja, al tiempo que yo me encontraba muy lejos, de guardia en esta cornisa de la montaña, que parecía estar en el fin del mundo. En las mismas circunstancias, yo jamás le habría hecho eso a nadie.

En todo caso, mucho mejor habría sido que la carretera quedase cortada un día antes, de ese modo yo no habría recibido la maldita carta y, aunque ella estuviera haciendo lo que

le apeteciera con quien quisiera, yo no me habría enterado de nada. Quizás entonces no me sentiría tan desamparado en medio de las montañas, en este puesto remoto, en cuyo patio hay enterrado un hombre, alguien muy querido por todos nosotros, que, con seguridad, no se pudrirá en mucho tiempo porque la tierra está congelada.

Salí y me acerqué despacio al centinela. La noche tenía una negrura de alquitrán. Los del puesto de enfrente hacía dos días que no daban señales de vida. Al parecer, se habían enclaustrado en el interior y se dedicaban a beber y a dormir, pues ni siquiera salían de patrulla. Estaban completamente aislados.

Qué extrañas cosas tiene la vida —pensé—. Estamos separados por un muro de nieve de todo cuanto queremos y nos hemos quedado a solas con el enemigo. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos como uno jamás alcance a imaginar.

Sentía el frío penetrarme en el cuerpo y volví al interior. El médico y el cocinero seguían absortos, con los codos apoyados en la mesa y sin hablar.

\* \* \*

—Camarada comandante, se acerca alguien con bandera blanca.

—¿Cómo?

Me puse en pie de un salto y me precipité afuera sin capote. Era por la tarde. Un hombre con una bandera blanca y el fusil a la espalda se aproximaba a la zona neutral. Le seguían otros dos armados igualmente. Uno de ellos se había echado

sobre los hombros una bata blanca. Debía de ser el enfermero. No hacía ni dos semanas que en el puesto de enfrente habían sido relevadas las tropas y aún no sabíamos quién era su enfermero.

Me acerqué a los centinelas y los de allá me vieron. El enfermero dio un paso al frente y gritó en albanés:

—Nosotros tenemos un herido grave que no podemos curar. Nosotros sabemos que ahí con vosotros se encuentra un médico y solicitamos que nos ayudéis.

Comenzó a sacudir de nuevo la bandera blanca y yo supe de inmediato que me encontraba en un apuro que debía solucionar a toda prisa. Los centinelas, con el dedo en el gatillo, miraban en mi dirección y después hacia el otro lado de la línea fronteriza. Yo guardaba silencio, sin saber qué decir. El enfermero no dejaba de sacudir la bandera blanca y yo intentaba traer a la memoria, a la velocidad del rayo, todos los artículos de los reglamentos militares, pero de algo así no conseguía acordarme.

—Nosotros solicitamos vuestra ayuda médica —gritó de nuevo el enfermero.

Añadió no sé qué sobre una convención de Ginebra, y yo me dije: ¡por todos los diablos!

—Nosotros os rogamos en nombre de... —continuaba gritando el enfermero sacudiendo las manos, y otra vez volvió a nombrar Ginebra.

¿A cuento de qué vendrá Ginebra aquí?, pensé. Eran tantos los tratados internacionales que se habían negociado allí, en Ginebra, que con toda seguridad existiría alguno para un caso como este. Algo me sonaba, pero vete a caer ahora en ello.

¡Por todos los diablos!, me repetí. Jamás se me habría ocurrido que tendría que vérmelas con una convención internacional, ni que esta sería tan directa, carente de reglas y protocolo, y tan sencilla, como para que en una franja de tierra helada por el invierno, cuando el representante de un Estado gritara desde su lado, el representante del otro le oyera desde el suyo, como si estuvieran comerciando con las cabras de Shero<sup>1</sup>.

Por fin, tomé la decisión y grité casi con rabia:

—¡Traedlo!

Algo hablaron entre ellos, después el enfermero se dirigió a nosotros:

—¿Es posible traerlo ahora?

—Lo es —grité yo.

Ellos se fueron y yo no supe si me estaba equivocando o no con lo que estaba haciendo.

No pasaron ni cinco minutos cuando volvieron a salir de su puesto, portando una camilla, el enfermero y un soldado. Venían hacia nosotros y les temblaban las piernas al pisar la nieve. Se produjo un pesado silencio cuando penetraron en la zona neutral y solo entonces advertí que habían emplazado una ametralladora en su torre de observación con el cañón apuntando en nuestra dirección. Permanecieron en la franja neutral y depositaron la camilla sobre la nieve. Después regresaron al otro lado y se quedaron inmóviles vueltos hacia nosotros.

---

<sup>1</sup> *Las cabras de Shero* son un imposible porque ya no existen, luego comercian con algo insignificante, carente de valor o importancia. (N. de la T.)